

SIMPOSIO SOBRE PALUDISMO *

ALGUNOS ASPECTOS EPIDEMIOLOGICOS DEL PALUDISMO

Por el Dr. Manuel MARTINEZ BAEZ.
académico de número.

Tal vez la mejor manera de iniciar los trabajos de este simposio que ha organizado la Academia Nacional de Medicina sería hacer una breve revisión de la importancia social del paludismo; pero acaso si se procediera de esa suerte se juzgaría que el tiempo gastado en proceder así sería tiempo perdido, ya que quien quiera que conoce lo que es el paludismo sabe que no hay otra enfermedad tan importante para la humanidad. Y, sin embargo, cuando se medita un poco sobre este tema y cuando se revisan los datos recientes sobre la distribución y la incidencia de la enfermedad, se encuentra que la misma no ha perdido nada de la importancia que tenía hace diez, veinte o cincuenta años. Tal parecería, a primera vista, que la lucha que el hombre viene realizando contra el paludismo ha fracasado, a pesar de que todos los días se dispone de recursos nuevos y mejores para aplicarlos contra la temible plaga.

Si tomamos en cuenta la situación que prevalecía a principios del siglo pasado encontraremos que, sin duda, hay en el mundo regiones que otro tiempo sufrían el azote del paludismo y que hoy se ven ya libres de él. Recordemos la Inglaterra de Dickens, en la que era común el padecimiento conocido con una palabra que equivale a nuestro término "fríos" y en la que los médicos ingleses conocían bien el padecimiento y sabían manejar la quina o la quinina. Sin embargo, ya a fines del siglo, cuando la sugestión de Manson cristalizaba en el magnífico descubrimiento de Ross, afinado y pulido por obra de los malariólogos italianos, pudo ser realizado

* El simposio se desarrolló en las sesiones del 18 y del 19 de agosto de 1949.

en Inglaterra el experimento crucial que probó el papel transmisor de los *Anopheles*, gracias, entre otras cosas, a que en aquel país no existía ya, definitivamente, posibilidad alguna de paludismo autóctono. Y esto que sucedió en Inglaterra aconteció también en otros países europeos, en los que el paludismo fué retirándose poco a poco y definitivamente hacia el sur. En los Estados Unidos ha ocurrido fenómeno semejante; el área endémica del paludismo es hoy, en ese país, mucho menos extensa que en años anteriores y sólo en el suroeste del territorio aún prevalece la enfermedad, pero disminuyendo en incidencia y en extensión, a un ritmo que permite vaticinar su total desaparición dentro de no muchos años.

Los ejemplos citados bastan para recordar que es posible la desaparición del paludismo de zonas en donde un tiempo reinó como endémico, o sea que no es utópico soñar con el exterminio de la enfermedad que tan caro tributo cobra de la humanidad.

Pero, en cambio, si enfocamos nuestro interés sobre este punto en relación con otros países, particularmente sobre aquellos que han sido siempre la presa natural de la plaga, sobre los países dentro de la zona tropical o en los confines de tal zona, encontraremos un cuadro más bien desalentador. Poco es, en concreto, lo que se ha logrado en contra del mal, y, sobre todo, mucho es lo que aún queda por hacer. Unos cuantos datos confirmarán este parecer. En Burma, con catorce millones de habitantes, se registran más de seiscientos mil casos en un año y se tiene la impresión de que el paludismo no solamente no decrece, sino que va en aumento. En Ceylan el paludismo es el primer problema sanitario, en orden de importancia. En la Indo-China francesa la mayor parte de los casos de enfermedad que se registran son casos de paludismo y se puede afirmar que, cada uno de los habitantes del país, al llegar a los 25 años de edad, ha sufrido de paludismo por lo menos una vez en su vida. En la India, el mal alcanza proporciones increíbles: más de un millón de defunciones por año; de cien a doscientos millones de casos en igual período. Nada hay que supere en importancia, como problema sanitario, al paludismo, en ese vasto país.

China, con sus cuatrocientos veintitrés millones de habitantes, paga también pesado tributo al paludismo, a pesar de que la Mongolia y otras partes del territorio no son palúdicas. En varios lugares, de cada cien casos de enfermedad que se registran, 70 son casos de paludismo. En Malaya, que ha sido el teatro de las famosas hazañas antipalúdicas de Sir Malcom Watson y de sus colaboradores, para cinco y medio millones

de habitantes tienen aún 55.000 o más casos de paludismo al año, y tal enfermedad sigue ocupando el primer lugar entre los problemas sanitarios del país. En Tailandia, el antiguo Siam, con catorce y medio millones de habitantes, se registran cuarenta mil defunciones por paludismo al año. En las Indias Orientales, con sus setenta millones de habitantes, el paludismo, como en otros países, es la mayor amenaza contra la salud y la vida de los habitantes. Esto significa que los habitantes del Extremo-Oriente, de India y de algunos lugares del Pacífico, que suman en conjunto más de mil millones de personas, o sea más de la mitad de la población total del globo, cuentan aún al paludismo como su primer problema sanitario. Y a estas cifras hay que añadir las que provienen del África, en donde tantos pueblos sufren hoy del paludismo como sufrirían hace un siglo o más, y de nuestra América, en donde sólo un país está libre de la plaga y en donde hay todavía tantas zonas ricas en productos naturales, de los que no es posible disfrutar, entre otras razones, porque el paludismo lo impide o lo estorba eficazmente. Es decir: más de las dos terceras partes de la humanidad esperan hoy todavía sacudirse el yugo que ha pesado sobre ellas a través de los siglos.

Cabe preguntarse la razón por la que tal situación perdura. No ha de ser, ciertamente, porque no haya el deseo de modificar favorablemente esa situación. ¿Será, acaso, porque no se puede lograr ese cambio? ¿La ciencia, que tantos aspectos del problema palúdico ha dilucidado, todavía no ha entregado la información esencial para construir sobre ella los planes de una lucha eficaz?

Bien sabido es que la ciencia, desde el último cuarto del pasado siglo, entregó al hombre las verdades esenciales acerca de la causa y de la propagación del paludismo. Posteriormente, en nuestros mismos días, los investigadores han encontrado nuevas verdades que serán revisadas por quienes tomarán parte en este simposio. Se conoce mejor hoy la biología de los *Plasmodium* causantes de la enfermedad; el solo descubrimiento de las formas exoeritrocíticas de tales parásitos, realizado primero en las especies que parasitan a animales y efectuado por fin en una de las especies humanas, tiene trascendencia enorme. Se sabe más cada día acerca de los *Anopheles* vectores de los *Plasmodium* y se tienen armas casi maravillosas para luchar contra tales insectos; recordemos, solamente, el conocimiento del DDT y de las formas de aplicarlo en la lucha anti-anofélica. No es posible decir que toda la luz ha sido hecha frente a todos los aspectos del problema del paludismo; pero la verdad es que

con los conocimientos disponibles se puede ya luchar, con seguro éxito, en contra del mal.

Hay hechos, que se han repetido varias veces, y que demuestran que el hombre sí es capaz de dominar al paludismo. La actuación de Gorgas en Panamá, la labor de Watson en Malaya, la de los italianos en las Lagunas Pontinas, están ahí para demostrarnos cómo, cuando el hombre se resuelve a luchar contra la plaga y dispone para ello de los recursos necesarios, el resultado es la victoria. Y no ha sido olvido haber dejado de mencionar el triunfo más notable que en este campo se ha logrado en estos últimos años, o sea el de la erradicación del terrible *Anopheles gambiae* del suelo americano, hazaña que sobrepasa a las anteriores por más de un aspecto. No puede dudarse de que el hombre dispone de los elementos para triunfar en la lucha antipalúdica.

Entonces, ¿a qué se debe la situación que se esbozaba aquí antes y que nos hace palpar la magnitud no menguada del problema del paludismo? ¿Por qué no librarnos, de una vez por todas, de tan poderoso enemigo?

Si revisamos los casos antes citados, en los que el hombre ha vencido al paludismo, encontraremos que todos ellos tienen un aspecto común. El hombre ha vencido al paludismo cuando se ha empeñado en una obra que abarca todos los aspectos necesarios para elevar el nivel de vida de los habitantes de las zonas endémicas. Parece extraño, pero es cierto; cada vez que el hombre ha vencido al paludismo ha sido cuando no se proponía este objetivo como un fin, sino como un medio. Si Gorgas obtuvo lo necesario para limpiar de paludismo a Panamá no fué por consideración a la salud de los habitantes del istmo, sino porque había que hacer en él un canal, de tanta importancia política y comercial para los Estados Unidos y para el mundo todo; si Watson triunfó en su empeño, fué porque era menester que Inglaterra asegurara una posesión de gran valor estratégico; si las Lagunas Pontinas quedaron libres de la plaga, fué sobre todo, porque el régimen fascista necesitaba instalar a los antiguos combatientes y, además, porque le precisaba ganar alguna batalla. En cada uno de estos casos se puede afirmar que el dominio del paludismo fue un sub-producto de la labor del hombre. Tan solo en el caso del *Anopheles gambiae* en el Brasil se puede afirmar que la extinción de tal especie fué el fin único de la campaña hecha en su contra; fué en este caso, la salud del pueblo brasileño y, de paso, la salud de los habitantes de gran parte del continente, la que impulsó la obra que tan brillante resultado logró. Y aun en este último caso, es posible afir-

mar que el éxito se debió, en parte, a que se trataba de acabar con una especie nueva de vector, que creó una situación nueva, y que, por serlo, no había echado aun raíces hondas.

¿Cómo es posible, entonces, que el hombre pueda acabar con el paludismo cuando en ello sólo pone un interés secundario y que no lo consiga cuando en ello pone su íntegro y exclusivo interés? La respuesta, que parece ser muy sencilla, acaso sea la siguiente: el paludismo, cuando ha echado raíces en un pueblo, es más que un problema sanitario y, por lo mismo, si sólo se busca resolver ese problema con recursos sanitarios, se fracasará. Esto quiere decir muchas cosas. Primero, una que es desconsoladora ciertamente, y es que la salud humana, que todos al parecer estiman justamente, no es bastante incentivo para mover a los hombres a trabajar y a luchar por ella en forma adecuada. Recuerdo ahora una impresión que tuve cuando visitaba, en algún lugar, una exposición de material bélico quitado por un país aliado a sus enemigos. Vi entonces los grandes cañones antiaéreos, los grandes tanques, los grandes cañones que entran en juego en la guerra moderna, y ante la magnitud, la complicación, hasta la delicadeza de tales artefactos, pensé que no hay aparatos tan complicados, tan costosos, que se apliquen para salvar la vida del hombre como los que se construyen, por millares, para acabar con la vida del hombre. Ahora se están buscando los medios mejores para emplear los conocimientos recién adquiridos sobre la física nuclear, en beneficio de la salud y de la vida humanas; pero ya pasaron varios años desde que tales conocimientos fueron usados, con eficacia aterradora, en Hiroshima y en Nagasaki para el aniquilamiento del hombre.

No sirve para nada quejarse de que las cosas sucedan así. Acaso no fuera difícil a un psicólogo mediano, encontrar la explicación de este absurdo proceder. Si volvemos a examinar nuestros datos sobre la epidemiología del paludismo, tendremos que confesar que muchas de las cifras disponibles no son mercedoras de confianza. No es que ahora intentemos retractarnos de lo que antes afirmamos. Es que, efectivamente, no hay datos exactos acerca de la morbilidad y de la mortalidad por paludismo, porque en muchos lugares de las zonas palúdicas no hay médicos que puedan recojer tales datos. Y aun en el caso en que interviene el médico, no siempre su intervención comprende la comprobación del diagnóstico con el hallazgo y la identificación de la especie de *Plasmodium* causal. Y es que el paludismo está de tal manera arraigado en muchos pueblos, que existe no sólo donde no hay médico, sino aun en donde no hay siquiera la con-

ciencia de que es un mal evitable; el indígena, en el sentido más lato de la palabra, considera a menudo al paludismo como una fatalidad, como algo inevitable y se resigna a sufrirlo. Frente al sufrimiento físico, frente al dolor moral de perder a un deudo, la resignación toma pronto el lugar del lamento, de la imprecación, de la súplica a los dioses eternamente ciegos y sordos. El paludismo forma parte de la naturaleza; el paludismo es algo natural o normal en el sentir de muchas de sus víctimas. El mago, el curandero, el mercader, aprovechan a veces esta situación ofreciendo a buen precio sus prácticas mágicas, sus inútiles yerbas, sus elixires poco eficaces. El médico y el ingeniero llegan a veces y en pocas disponen de los recursos para realizar una campaña sistemática, continuada, integral.

Hay que comenzar por crear la conciencia de que el paludismo puede ser evitado. Hay que sembrar la inconformidad junto con la esperanza. Pero no hay que olvidar que el paludismo puede revestirse con el complicado ser de un problema social. Solamente cuando tal conciencia arraigue y cuando ella sea quien dirija, será cuando se pueda ver llegar el éxito. Recuérdese cómo se fracasó cuando se quiso aplicar torpemente el conocimiento de que el *Anopheles*, vector del paludismo, vive sus fases primeras en el agua; la solución pareció muy sencilla; había que acabar con los depósitos de agua que el *Anopheles* utilizaba para criaderos. Resultó, sencillamente, que el hombre también necesita, de modo indispensable, del agua. Y el problema ya no pareció tan sencillo. Para acabar con el paludismo, es menester tener en cuenta al *Plasmodium* y al *Anopheles*; es verdad, pero hay que educar, hay que abrir caminos, hay que construir habitaciones, hay que crear y explotar fuentes de riqueza. En la base del problema palúdico hay un aspecto económico. No es que baste el dinero para que ante él huya el paludismo, sino que si no hay dinero no se acabará el paludismo. Y al hablar de dinero no se tiene en cuenta sólo el dinero que es preciso gastar, específicamente, en labores de campaña antipalúdica, sino el dinero como signo de capacidad económica, el dinero que cada quien debe tener para vivir humanamente, la posibilidad de adquirir el mínimo material para vivir plenamente, disfrutando de salud y de posibilidad de superación. Recordamos, a este respecto, un hecho que ilustra bien lo que se quiere decir aquí. En la ciudad de Jacksonville, un hombre de ciencia muy estimable, encargado de la campaña antipalúdica local, mostraba una gráfica que revelaba cómo el paludismo había descendido allí notoriamente en su incidencia en los años de la guerra, y preguntado por las razones de aquel descenso confesó honradamente que no eran, ciertamente, debidas a la

campaña antipalúdica que oficialmente se llevaba a cabo, y que habiendo investigado minuciosamente tal fenómeno, no le encontraba más explicación, sino el hecho de que, habiendo aumentado las oportunidades de trabajo remunerado, lo que había traído una alza del nivel económico de la población, hasta los más pobres antes tenían entonces el dinero bastante para comprar algún insecticida con que librarse de las molestias de los mosquitos, entre los cuales algunos eran del género *Anopheles*, responsables por la alta incidencia local del paludismo; se había podido comprobar que, en efecto, había tenido notoriamente un consumo mayor de insecticidas en la localidad en los años recientes en comparación con los anteriores. Esto quiere decir que, sin darse cuenta, la mayor parte de la población había estado haciendo labor antipalúdica como consecuencia de la posibilidad de disfrutar de mayor comodidad en la vida. Sin esa alza del nivel económico, no se habría producido, seguramente, el abatimiento en la curva de la morbilidad por paludismo.

Mientras muchos seres humanos no puedan comer hasta saciar su hambre, no es posible esperar que se pueda disponer de los recursos necesarios para acabar con el paludismo. Ya se sabe que el germen prospera por igual en el organismo bien nutrido que en el del famélico; pero lo que se quiere decir es que todos nos preocupamos primero de lo indispensable, antes que de lo necesario. Crear, pues, prosperidad económica en una región palúdica, es hacer, deliberada o impensadamente, campaña antipalúdica en dicha región. Ahora que, por supuesto, hay que proceder con sensatez cuando se trate de efectuar obras de mejoramiento económico en tales zonas. Recordemos al efecto que en la India se calcula que más de quince millones de casos de paludismo cada año se deben a la mano del hombre, que ha formado sin quererlo, pero también sin preocuparse por evitarlo, nuevos criaderos para los mosquitos, nuevas y copiosas fuentes del mal. El paludismo hecho por el hombre es más común de lo que a primera vista se podría pensar. En nuestro mismo México tenemos ejemplos de ello, como cuando se realizaron en los contornos de la ciudad de Iguala unas obras de irrigación, en contra de la explícita advertencia de la Oficina de la Campaña contra el Paludismo. Los terrenos irrigados fueron dedicados al cultivo del arroz, y el resultado fué que, mientras unos cuantos obtenían provecho económico, los más sufrían las consecuencias de una imprevisión y de una obstinación, en forma tan peligrosa que hasta la tranquilidad pública se vió amenazada. Es menester tener a la vista la po-

sibilidad de tales errores. En un principio, por combatir al paludismo se estuvo a punto de hacer imposible la vida del hombre; que no por hacer más rico al hombre se le vaya a dar la enfermedad que no tiene o a agravar la que padece.

La necesidad de dejar tiempo suficiente para que quienes aquí han de sucederme presenten sus puntos de vista y, sobre todo, la imposibilidad de agotar el tema que apenas he apuntado, me obligan a abreviar. Pero no quisiera terminar dejando la impresión de que estas reflexiones revelan pesimismo. No siempre apuntar un mal, hacerlo patente y estudiar sus aspectos varios y sus causas, es manifestación de pesimismo. El mundo camina hacia adelante, a pesar de todo lo que hagan quienes se empeñan por pararlo o por "echarlo en reversa." Entre nosotros, y con relación a nuestro tema, hay ya augurios de una era mejor. En los planes para las obras de la cuenca del Papaloapam y de la cuenca del Tepalcatepec, campea esa visión generosa de buscar para una buena parte del país una mejoría integral; presas, caminos, regadíos, escuelas, fábricas, todo contribuirá a que quienes hoy pueblan esas zonas y quienes vayan a sumarse a los que ya en ellas residen, encuentren, con una situación económica mejor, con una vida más cómoda, la posibilidad de conservar el tesoro que todos, hasta los más pobres, deberían tener, el tesoro opulento de la salud. Entre tanto llega ese día, justo es consignar que, con tropiezos y con dificultades, con vacilaciones o con entusiasmo, se sigue entre nosotros la lucha contra el mal terrible del paludismo. Hace unos días apenas comprobábamos este hecho alentador: en la ciudad de Veracruz es hoy casi imposible hallar un caso de paludismo, gracias a la sabia aplicación de DDT que hace la Unidad Sanitaria de aquel puerto. El caso de Veracruz se multiplicará sin duda, y el beneficio que de ello se derive se afianzará, hasta hacerse perdurable, cuando en las dos cuencas citadas y mañana en otros sitios más, se aplique de manera inteligente, honesta y sincera el propósito firme de elevar integralmente el nivel de vida de nuestro pueblo.